

ASÍ SE AMA:

CRUCIFIXIÓN Y MUERTE [296-297]

Meditación – 2025

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia:

El primer preámbulo es traer la historia del misterio que queremos contemplar. En nuestro caso, cómo Pilato, presionado por los judíos, condenó a Jesús a muerte de cruz, el cual, siendo flagelado y coronado de espinas primero, fue luego obligado a cargar la cruz hasta el Gólgota, donde lo crucificaron en medio de dos ladrones.

Allí los soldados se dividieron sus vestiduras, los judíos lo injuriaban, y la multitud contemplaba el horrible espectáculo.

Nuestro Señor habló siete veces desde la cruz: rogó por los que le crucificaban; perdonó al buen ladrón; encomendó a San Juan su Madre, y a su Madre San Juan; dijo: «*Tengo sed*»; y también, «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»; finalmente dijo: «*todo está cumplido*», y gritando: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*», expiró.

El sol se oscureció; las piedras, se quebraron; muchas sepulturas se abrieron y sus muertos volvieron a vivir; el velo del Templo se partió en dos partes de arriba abajo, y un soldado hirió con la lanza el Sacrosanto costado de Jesús, de donde manó agua y sangre.

Composición de lugar:

El segundo preámbulo es la composición viendo el lugar: imaginar el monte Calvario, un monte de piedra, fuera de los muros de la antigua Jerusalén, lugar destinado a la ejecución de criminales, pero que previamente había sido una cantera, abandonada por la mala calidad de la piedra.

Imaginemos allí la cruz, los clavos, un martillo, el cartel con el motivo de la condena escrito, cuerdas y escaleras... los instrumentos para la crucifixión.

Imaginemos a Jesús, con el cuerpo lacerado por los azotes, la cabeza ensangrentada por la corona de espinas; a su alrededor, algunos soldados, los sacerdotes y fariseos judíos

mirando con desprecio al Señor. También entre la gente vemos rostros sufrientes de amigos, que lloran en silencio: la Virgen, el discípulo amado y las santas mujeres.

Podemos contemplar el cielo oscurecido, y después de la muerte de Nuestro Señor, la escena de los muchos hombres y mujeres que vuelven a la ciudad golpeándose el pecho.

Petición:

El tercer preámbulo es demandar lo que quiero, la gracia y fruto que busco en esta meditación: será aquí dolor, y confusión, porque por mis pecados muere Jesús en la cruz.

PUNTOS

[296] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE CASA DE PILATO HASTA LA CRUZ INCLUSIVE, JOAN, 19, 13-22.

1º Primero: Pilato, sentado como juez, les cometi6 a Jesús, para que le crucificasen, después que los judíos lo habían negado por rey diciendo: *(No tenemos rey, sino a César)*.

2º 2º: llevaba la cruz a cuesta, y no pudiéndola llevar, fue constreñido Simón cirenense para que la llevase detrás de Jesús.

3ª 3º: lo crucificaron en medio de dos ladrones, poniendo este título: *(Jesús Nazareno, rey de los judíos)*.

[297] DE LOS MISTERIOS HECHOS EN LA CRUZ, JOAN, 19, 23-37.

1º Primero: habló siete palabras en la cruz: rogó por los que le crucificaban; Perdonó al ladrón; encomendó a San Joán a su Madre, y a la Madre a San Joán; dixo con alta voz: *(Sitio¹)*; y diéronle hiel y vinagre; dixo que era desmanparado²; dixo: *(Acabado es)*; dixo *(Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu)*.

2º 2º: el sol fue escurescido; las piedras, quebradas; las sepulturas, abiertas; el velo del templo, partido en dos partes de arriba abaxo.

3º 3º: blasfémale diciendo: *(Tú eres el que destruyes el templo de Dios; baxa de la cruz)*; fueron divididas sus vestiduras; herido con la lanza, su costado manó agua y sangre.

¹ tengo sed.

² desamparado.

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Para estos puntos sobre la Crucifixión de Nuestro Señor meditaremos sus siete palabras en la Cruz, para lo cual me sirvo libremente de unas meditaciones de San Roberto Belarmino³.

1º Punto) *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).*

Imaginemos a Jesús, en medio de un dolor inmenso tras la noche en prisión, la flagelación, la coronación de espinas, y el camino al Calvario. Llevado al colmo del sufrimiento es ahora crucificado, y deja oír su voz por primera vez desde la cruz.

No se queja, no amenaza, no insulta, no pide para sí mismo, mas eleva al Padre una súplica por los que lo crucifican; por los que, como Pilato y los judíos, han sido causa de Su Pasión; por Adán y toda su descendencia; por todos sus enemigos, y por lo tanto, por cada uno de nosotros, pues, de acuerdo a las palabras del Apóstol, *«cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo».* (Rom 5,10)

«Padre, perdónalos» suplica, como diciendo: “Yo, Tu Hijo, en medio de todos mis tormentos, los he perdonado. Haz tú lo mismo Padre Mío, extiende tu perdón a ellos. Aunque no lo merecen, perdónalos por Mí, Tu Hijo. Acuérdate que también eres su Padre, pues los has creado, haciéndolos a tu imagen y semejanza. Muéstrales un amor de Padre, pues, aunque son malos, sin embargo son hijos tuyos”.

Consideremos, entonces, la magnitud del amor contenido en estas palabras de Jesús.

2º Punto) *«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43)*

Estas palabras las dirigió al ladrón arrepentido, compañero suyo de condena. El ladrón, que la tradición recuerda con el nombre de San Dimas, había reconocido humildemente sus pecados: dijo, somos condenados *«con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho»* (Lc 23,41). Y luego pidió: *«Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino».* (Lc 23,42)

Fue admirable la gracia del Espíritu Santo derramada en el corazón de este hombre. Pensemos que el Apóstol Pedro negó a su Maestro, mientras que éste ladrón lo confesó cuando lo vio clavado en una cruz; y los dos discípulos de Emaús dijeron, desesperanzados: *«nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel»* (Lc 24,21), mientras que el ladrón pide con confianza: *«acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino».* El Apóstol Tomás declara que no creerá en la resurrección hasta que haya visto y tocado a Jesús; en cambio el ladrón, viéndolo crucificado y herido de pies a cabeza, no duda de que Él reinará después de su muerte.

Por eso, ¡qué consuelo daría a Cristo este buen ladrón! Y nos lo podemos imaginar por la respuesta que le da Jesús: *«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso».*

³ SAN ROBERTO BELARMINO, *Sobre las siete palabras pronunciadas por Cristo en la cruz “De septem Verbis a Christo in cruce prolatis.”*

Eleveamos a Dios también el pedido sencillo, pero lleno de fe, esperanza, amor, devoción, y humildad del ladrón: «*Acuérdate de mí*». Si perseveramos en pedirlo, especialmente en nuestras cruces, el Señor no dejará de darnos la misma recompensa.

3º Punto) «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». (Jn 19,26)

Pensemos que el Corazón de Jesús no sólo amó infinitamente al Padre, «*obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*» (Fil 2,8), sino que «*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13,1), como nos dice San Juan, «*hasta el fin*».

Lamentablemente nosotros no correspondemos a ese amor como debiésemos.

Sin embargo en la Virgen María sí que encontró Jesús esa correspondencia perfecta que tanto deseaba su ardiente Corazón. Y ahí al pie de la cruz está Ella, su amada Madre, y Jesús pronuncia para ella estas palabras: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*».

En el terrible estado interior de Cristo, condenado por su propio pueblo, traicionado por un amigo, negado por otro, y abandonado de casi todos; sintiendo como nunca las consecuencias de los pecados del mundo entero, y sumido en la más oscura desolación, quiso Jesús en la cruz despojarse de lo máspreciado que tuvo en esta vida mortal.

Le habían ya despojado de sus vestidos, de su fama, de su salud, y, en la inmensidad de su amor por nosotros, quiso sufrir también el despojarse de su santísima Madre en provecho nuestro: «*Ahí tienes a tu madre*» nos dice a cada uno de nosotros.

Así nos ama Jesús. ¿Cómo responderemos a su amor?

4º Punto) «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46)

a. ¿En qué sentido se puede afirmar que Dios abandonó a Jesús en la cruz? Pues Cristo está unido al Padre

- (1) por una unión eterna en la Esencia Divina, como 2ª Persona de la Trinidad,
- (2) por la unión hecha en la Persona del Verbo mismo entre la naturaleza divina y humana,
- (3) por la unión de gracia y voluntad. Jesucristo, como hombre, estaba «*lleno de gracia y de verdad*» (Jn 1,14) y siempre hizo lo que agradaba al Padre (cf. Jn 8,29);
- (4) por la unión de gloria por la visión beatífica que gozó Jesús desde la Encarnación,
- (5) por la unión de protección, a la que se refiere cuando dice: «El que me ha enviado está conmigo, no me ha dejado solo». (Mt 3,17)

Las cuatro primeras uniones son indisolubles, pero la quinta —la protección divina— fue retirada temporalmente durante la Pasión para permitir el sacrificio redentor.

b. ¿Por qué Dios abandonó así a su Hijo?

(1) En primer lugar, por la grandeza y multitud de los pecados que la humanidad cometió contra Dios, y que Él asumió para expiarlos en su propia Carne.

(2) En segundo lugar, por la grandeza y multitud de las penas del infierno, queriendo mostrarnos cuán grandes son, al sufrir tanto por nosotros.

(3) La tercera razón es el alto valor de la gracia de Dios, por la cual nos hacemos agradables a Él, y que perdimos por el pecado. Jesús nos la devolvió al gran costo de Sí mismo, de sentirse Él -el Hijo amado- separado de su Padre.

(4) La cuarta causa fue la inmensa grandeza del Reino de los Cielos, que el Hijo de Dios nos abrió con su inmensa fatiga y sufrimiento. Para conquistarnos este reino fue necesario sostener un duro combate con la muerte, y para que el Hijo de Dios pudiera triunfar lo más gloriosamente posible en este combate, fue abandonado por su Padre.

(5) La quinta causa fue el inmenso amor que el Hijo de Dios tenía por su Padre. Pues en la redención del mundo y en la extirpación del pecado, Él se propuso hacer una satisfacción superabundante en honor de su Padre, para lo cual quiso privarse de sentir el consuelo de su presencia amorosa.

5° Punto) «Tengo sed». (Jn 19,28)

Jesús pronunció estas palabras justo antes de morir, por lo tanto, aunque ciertamente era terrible la sed que padecía por la pérdida de tanta sangre en esas últimas horas, pareciera que nuestro Señor dijo *«tengo sed»* en el mismo sentido en que se dirigió a la Samaritana cuando le pidió de beber (**cf. Jn 4**). Aunque es cierto que está sediento por la sequedad de su Cuerpo, esa sed pronto terminará. Sin embargo, la sed que sufre por el deseo de que los hombres conozcan por la fe que Él es el auténtico manantial de agua viva, y de que se acerquen y beban, es incomparablemente mayor... Dijo *«tengo sed»* para mostrarnos qué era lo que realmente lo consumía: la sed de nuestro amor, la sed de salvar las almas por las cuales estaba muriendo.

Jesucristo, sediento de nuestro amor y sediento de almas, dice *«Tengo sed»*... ¿haremos algo para calmar esa sed que lo atormenta?

6° Punto) «Todo está cumplido». (Jn 19,30)

Dios Padre había impuesto dos tareas a su Hijo: predicar el Evangelio y sufrir por la humanidad.

Ya había cumplido la primer tarea, y así dijo en la Última Cena: *«Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar»* (**Jn 17,4**), y también: *«Todo lo que aprendí de mi Padre, os lo he dado a conocer»*. (**Jn 15,15**)

Sobre la segunda, ahora, acercándose el momento de su muerte y a punto de terminar su misión, puede entonces exclamar: *«Todo está cumplido»*, pues ha sufrido hasta lo indecible, y nada falta sino morir. Todo lo que predijeron los Profetas en relación a su Vida y Muerte se había llevado a cabo. Poco antes de su Pasión Jesús dijo a los discípulos: *«Miren, subimos*

a Jerusalén y va a cumplirse todo lo que escribieron los profetas sobre el Hijo del hombre» (Lc 18,31). Ahora dice, refiriéndose a aquello: «Todo está cumplido».

De parte de Dios ya no hay más palabras que anunciar, ni otro sacrificio que ofrecer. Todo está cumplido...ahora es nuestro turno de completar en nosotros la redención que nos ganó Jesucristo, como aquello que dice San Pablo «Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo». (Col 1,24)

Por eso San Ignacio insiste en que nos preguntemos: «¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué voy a hacer por Cristo?» [EE, 53].

7º Punto) «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». (Lc 23,46)

Llegamos a la última palabra que Nuestro Señor pronunció. «Dando un fuerte grito, dijo, “Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu”».

En ese fuerte grito Jesús manifiesta que muere voluntariamente, pues era normal que un crucificado muriera de asfixia, cuando ya no tenía fuerzas para sostenerse en una posición que le permitiera respirar; ciertamente, lo último que se podría esperar de él es que gritara antes de morir... tan raro fue esto que, en su estupor, el centurión romano «glorificó a Dios diciendo: Verdaderamente este hombre era justo». (Lc 23,47)

Cristo había dicho anteriormente: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre». (Jn 10,17-18)

Por decreto eterno del Padre se había encarnado, y su primera palabra la había dirigido a Él: «al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Heb 10,5-7) y ahora, consumando ese sacrificio, entregando su vida a las manos del que lo enviara al mundo, le dirige su postrera palabra, llamándolo con infinita confianza y amor Padre: «Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu».

«Y, dicho esto, expiró». (Lc 23,46)

Muere Jesús en la Cruz, muere el que es la Vida, para ganarnos la vida eterna.

Considera cuánto Cristo quiso padecer por ti, y mueve tu corazón a sentir dolor, tristeza y lágrimas, viendo cómo todo esto lo ha hecho y dicho Jesús **por tus pecados y tu bien**, y piensa qué debes hacer y padecer por Él en adelante.

Coloquio

Terminar esta meditación con un coloquio, hablando con Jesucristo crucificado por tu amor; y otro coloquio con María Santísima, que al pie de la cruz, te fue dada por Madre.